

zas, abandonan los estudios para meterse á predicadores, sino porque los que mandan necesitan siempre de alguien que maneje los chirimbolos de la ciencia moderna.

De estos desdichados, muchos profesan la vieja máxima:

*Primo vivere, deinde philosophari;*

y se abstienen religiosamente de aprender más de lo puramente necesario para los garbanzos (¡quién es tan cursi que va ahora á adorar ideales!); pero, otros ¡cursilones rematados! viendo al frente de todos los tratados de Física, y de Matemática y de Filosofía..... las ideas de Materia, de Espacio, de Tiempo, de Número, de Energía, etc., sienten deseos de interrogar á las esfinges; y empiezan preguntando:

—¿QUÉ ES LA EXTENSIÓN?

—¿QUÉ ES LA MATERIA?

—¿ES UN SUEÑO NUESTRA VIDA?

Estos pocos, y algunos otros escapados de los manicomios, son los que se interesan todavía por las antiguas disidencias entre los dogmáticos y los empíricos, entre los teóricos y los observadores; y estos pocos, afortunadamente, saben que, según lo que Euclides dijo á Ptolomeo, “en las ciencias no hay caminos llanos por donde cueste poca fatiga el caminar.”

\*  
\* \*

¡Evas tentadoras, que tanto me estáis atormentando para que os resuelva el problema de si LA VIDA

ES Ó NO SUEÑO, elegantísimos ociosos que andáis tras de lo mismo, absteneos de leer el artículo siguiente si pensáis entenderlo sin prestar un poquito de atención.

Confieso mi pecado: no he sabido abriros un camino llano para él.

## LA EXTENSIÓN.

---

En verdad que no cabe presentar argumentación más brillante y seductora que la de Balmes, el gran sostenedor de la conformidad de lo subjetivo con lo objetivo en el abstruso problema de la EXTENSIÓN.

### I.

Hoy ninguna persona de instrucción puede fundadamente considerar las modificaciones SENSIBLES experimentadas en nuestro sér como signos y representaciones de SEMEJANZA. Sólo á los sujetos de escasa educación científica les es lícito creer que, por ejemplo, los sonidos y los colores están en los cuerpos que decimos sonoros ó brillantes. Creemos, sí, que hay objetos en el mundo exterior, y que esos objetos nos modifican; pero á la convicción del pensador educado aparece patente que lo que ocurre en nosotros no es lo que pasa en el exterior; y que nuestras modificaciones sensibles son sus signos solamente.

Los signos son, unos de *semejanza*, y otros nó. Un retrato es signo que semeja su original: el modelo de una máquina la semeja y representa. El pabellón nacional representa á la Nación, pero no la semeja. Las palabras *luna, lune, selene, Mond, moon*..... son indudablemente signos, pero que en nada se parecen al satélite de nuestro globo.....

A esta segunda clase pertenecen nuestras sensaciones.....

Oigamos al sentido común.

Nuestra convicción es que, fuera de nosotros hay movimientos, y que en nuestra conciencia existe *correspondientemente* lo que llamamos sensación; fenómeno interno, *correlativo* sin duda con el considerado como externo, pero de ninguna manera semejante á él. Repitamos ó amplíemos lo ya dicho; que en ello ganarán nuestras nociones sobre el gran problema de LA EXTERIORIDAD.—Una aguja se hincan en mi mano, perforándome la epidermis: fuera, hay un *movimiento*: en mi conciencia un *dolor*. Lo que en mí pasa no es lo mismo que lo que ocurre en la aguja: á la aguja *nada le duele*.—Un arpa me agrada con dulcísimas notas: fuera de mí hay vibraciones en las cuerdas del instrumento musical; es decir, *movimiento*: en mi conciencia hay sensación de sonido: yo oigo: el arpa no oye: yo siento placer: el arpa no siente nada.—Una rosa despide minutísimas partículas aromáticas que bombardean mi aparato olfativo (1): fuera, *movi-*

(1) Hay quienes quieren explicar los olores por *vibraciones sui generis*; y, si así fuera (lo que no está probado), la nueva explicación no variaría la esencia del signo: entonces, esa *vibración sui generis* sería signo, pero nó de *semejanza*.

El Profesor Leclerc, en el Cosmos, sostiene con buena argumenta-

*miento*: en mí, sensación agradable de olor: la rosa no tiene la facultad de oler ni de sentir agrado.—Un cuerpo me parece violeta: es que 728 billones de vibraciones luminosas especiales hieren por segundo la retina de mis ojos: fuera de mí hay vibraciones del éter apenas concebibles; esto es, *movimiento*: en mí sensación de color; yo veo: el cuerpo violeta no ve:—*Et sic de ceteris*.

Esto en cuanto á la generalidad de las sensaciones. En particular, ¿quién niega todo lo que las circunstancias, el estado del organismo, y las idiosincrasias normales ó anormales de los individuos tienden á modificar, bastardear y hasta falsear los efectos sensibles de los cuerpos exteriores?

La sensibilidad para una misma modificación no es tan fina en unos sitios de nuestro cuerpo como en otros; y, así, lo que según un órgano es de una cierta intensidad, lo es de más ó de menos según otro. El tronco es más sensible al frío y al calor que las extremidades: en la línea media del cuerpo es donde se siente menos la temperatura: la distribución en nuestro organismo del sentido de la misma temperatura es distinta de la del tacto: hay más sensibilidad para el frío que para el calor, y los puntos externos de los nervios apenas están dotados del sentido de la temperatura.

De la perfección ó imperfección de nuestros órga-

ción que los olores fuera de nosotros son movimientos vibratorios producidos por la oxidación de las emanaciones que salen de los cuerpos odoríferos; y que nuestro órgano olfativo no percibe esas emanaciones, sino sus movimientos vibratorios.—El olor en esta teoría es análogo al sonido y á la luz fuera de nosotros.

nos dependen en gran parte nuestros juicios. Los daltonianos no distinguen de noche por las luces verde y roja de los coches de tranvía el barrio á que estos vehículos se dirigen.—El campo de las idiosincrasias es inmenso. Hay personas sumamente sensibles á ciertas medicaciones, refractarias para otros. El efecto de las medicinas resulta invertido para algunas individualidades; por ejemplo: purgante el opio, y narcótico el agua de Loeches. Frutas, legumbres, carnes y pescados inofensivos para la generalidad, resultan verdaderas ponzoñas para algunos. Síncopes sentía al ver leche ó queso el famoso Pedro Abano, médico de Italia, astrólogo y alquimista del siglo XIII, acusado de haber aprendido las siete artes liberales con siete duendecillos muy diminutos que tenían sus cátedras dentro de una redoma de cristal encantada. Además, el diablo hacía volver al bolsillo de Pedro Abano cuanto dinero gastaba; por todo lo cual fué quemado en efígie por la mano del verdugo, para castigo de las hechicerías de un hombre tan dejado de la mano de Dios, que aborrecía dos manjares tan provechosos como la leche y el queso.

El que no ve, corre al peligro sin recelo. Un contemporáneo de Galileo, profesor de la Universidad de Padua, decía que lo que no se distingue á la simple vista carece de importancia. Si hoy, armado de los modernos microscopios, se cerciorase el profesor paduano de la existencia de los microbios, variaría seguramente de opinión y recelaría de lo que no se ve.

La *gymnema sylvestre* (R. Br.) crece en la costa de Coromandel y en otras partes de Asia y Africa. Su corteza en polvo se aplica desde hace tiempo contra la mordedura de las serpientes. Pero no es esto

lo que ahora hace al caso: sus hojas privan durante muchas horas, á veces veinticuatro, á la persona que las masca de la facultad de distinguir lo dulce. El azúcar en polvo, mientras dura la acción de las hojas, causa en la boca la misma sensación que si fuese arena. Y es lo raro que el paladar no pierde la facultad de percibir lo agrio ni lo salado, lo acre ni lo picante.—Sabido es lo falaces que son los sentidos en la embriaguez alcohólica, en la del opio, en la del hashish. Un fumador de hashish pretendía pacificar perros rabiosos. El exceso del tabaco conduce á la locura. La obstrucción de las fosas nasales impide á veces la circulación de la linfa cerebral y puede causar jaquecas y aun perturbación mental.

La memoria varía con los años. Cuando la inteligencia es más vigorosa suele tener infidelidades. Durante los delirios de la fiebre algunas personas han recitado pasajes que en salud no recordaban. ¡Cuán pocos habrán dejado de experimentar con sorpresa que hechos enteramente olvidados reaparecen en virtud de una asociación de ideas!

Si, atracados á un muelle, empieza el barco en que estamos á desviarse de tierra, nos parece que el muelle se separa de nosotros.—Si vamos en un coche á poca más velocidad que una bestia caminando en la misma dirección, nos asalta al mirarla una especie de enigma, porque vemos al animal irse hacia atrás, haciendo, sin embargo, los movimientos que acostumbra para ir hacia adelante.—Si en el carruaje de un ferrocarril miramos el paisaje por un espejo, creemos movernos en dirección contraria á la verdadera, y hasta parece que nuestro cuerpo lo siente así.—Los ojos en ciertas circunstancias no disciernen los tamaños. La luna, en un anteojo astronómi-

co de poco poder, se nos aparece menor que á la simple vista, estándò en realidad amplificada la imagen.

¿Quién no busca alguna vez lo que tiene en la mano? ¿Quién ve siempre lo que se halla delante de los ojos; el lápiz, el cortaplumas ó las tijeras que necesita y están al alcance de su brazo?—¡En los buzones de los correos se encuentran guantes, carteras, quevedos, pipas....., echados allí en vez de cartas!—No es tan absurdo que no pudiera realizarse alguna vez el cuento del que queriendo acostarse y echar la punta del cigarro á la calle, acostó el cigarro y se tiró por la ventana.

\*  
\* \*

Si las circunstancias ó el estado de nuestro organismo perturban de tal manera las nociones que de otro modo adquiriríamos respecto del mundo exterior; ¡cuánto no influye en nuestras apreciaciones el estado del ánimo! ¡Cuánto, respecto del mundo exterior, es obra exclusivamente nuestra!

Las aprensiones producen efectos fisiológicos increíbles. Sin entrar en el vasto campo de los fenómenos sugestivos, baste citar un hecho. En Nueva Orleans un médico dió en un hospital á cien enfermos una supuesta medicina, consistente en agua azucarada. A los quince minutos entró en las salas fingiéndose aterrorizado, y declarando haber padecido una tremenda equivocación al suministrar á los pacientes un vomitivo horrible. Los enfermos lo creyeron, y de los ciento vomitaron ochenta.

En forma de apólogo manifiesta bien el efecto de la imaginación sobre el organismo el cuento del Der-

viche y del Cólera-morbo cuando éste se dirigía á la Meca.

—¡Por Alá, no entres ¡oh Cólera! en la Ciudad Santa!

—No puedo dejar de entrar, porque ya lo he decretado; pero, atendiendo á tu ruego, sólo estaré allí una semana, atacaré á mil y mataré á ciento.

Al irse el Cólera, el Derviche le increpó:

—¡Infame! ¿por qué no has cumplido tu palabra?

—Pues ¿no ves cómo me voy el día señalado?

—Pero has matado á diez mil y no á ciento, como prometiste.

—Buen Derviche, no he matado más que á ciento: los demás se han muerto de aprensión.

Cuando llega una compañía de acróbatas á un pueblo, los chiquillos, fuertemente impresionados por los raros ejercicios que atónitos contemplan, andan á los pocos días haciendo títeres por las calles. Revistas de la ciencia fisiológica, tan acreditadas como *The Lancet*, sostienen (y aducen hechos en demostración) que los periódicos consagrados á la vitanda publicación de estampas representativas de puñaladas, estrangulaciones é incendios, sobrecitan las malas inclinaciones de los seres inclinados al vicio, que son en general las personas de entendimiento débil. ¡Oh! ¡Cuántas veces han hablado en igual sentido los pocos que en nuestra Patria reflexionan sobre los efectos tristemente sugestivos de los toros y de las inmodestias teatrales! De las que también habla la Revista inglesa.

Los cuerpos tienen al salir y al ponerse el Sol distintos matices de colores que con la luz meridia-

na; y, sin embargo, pocas veces percibimos que hayan cambiado de tintas y colores.

Los efectos de la pintura son ilusiones perfectas. El artista, con ocasión de las líneas y colores de sus cuadros, hace que nosotros, INCONSCIENEMENTE, construyamos lo que no hay en lo que vemos;—tres dimensiones y grandes distancias de los objetos entre sí, unos más cerca y otros más lejos. En el teatro, al ver las decoraciones nosotros FABRICAMOS distancias que no existen. Si conservamos en la fantasía las imágenes de ciertos objetos reales, ya estamos *inconscientemente* á disposición del pintor que nos indique cosas análogas. Si yo, por el ejercicio de mis sentidos, he llegado alguna vez á formarme el concepto de un cubo, creeré ver un cubo real cuando me enseñen su proyección; pero, si no tengo tal concepto adquirido previamente, la proyección será para mí una figura plana sin profundidad.—Los que ven reproducida la imagen de su ciudad natal ó de lugares conocidos, encuentran en ellos un encanto y un relieve que no ven los que nunca han contemplado los parajes. Los grabados que reproducen, en las ilustraciones periódicas, salas ó instalaciones ó máquinas ó aparatos de una Exposición universal, suelen no decir nada para los que no han visitado la Exposición, al paso que extasían á los que conservan vivos los recuerdos del certamen internacional.—Los grandes pintores, cuando quieren impresionar con la idea de distancia pintan los objetos deliberadamente más pequeños y más oscuros de lo que la realidad de la perspectiva exigiría. Un péndulo nunca en las pinturas se presenta vertical, pues así aparecería parado: diagonalmente, nos induce á creer que se mueve, porque ya la experiencia nos ha enseñado que en la

diagonal no podría encontrarse en reposo.—El pintor no posee nunca colores puros, y sin embargo sabe reproducir las tintas de la naturaleza aprovechándose de nuestras ilusiones. Así un rojo tolerablemente claro, colocado junto á un verde tolerablemente puro, son transformados por nosotros, *inconscientemente*, de tal modo, que el rojo se hace más rojo y el verde más verde: así también, blanco sobre negro parece más blanco; y negro sobre blanco, más negro y más profundo.

Y, como los pintores, son todos los artistas, especialmente los dramáticos. Ninguno hace más que poner en acción nuestras fuerzas imaginativas, para que con ocasión de los datos que nos presenta, CONSTRUAMOS NOSOTROS MISMOS lo que el artista imaginó.—El realismo en las artes es sólo sugestivo.

La conciencia tiende hacia lo bueno, esto es, hacia lo que parece ser lo mejor para la sociedad en general. Y he aquí por qué la moral depende en mucho de las circunstancias y condiciones en que se desarrolla la vida; y de aquí que viajeros de la mayor respetabilidad hayan encontrado pueblos que consideran como virtudes lo que otros como crímenes.

\*  
\* \*

No hay, pues, lugar á dudas para el sentido común. Las afecciones de nuestra sensibilidad no son SIGNOS DE SEMEJANZA de los movimientos del exterior, aunque ciertamente tengan CORRELACIÓN con ellos.

Y, si esto pasa con lo puramente *sensible* y afecti-

vo (*frío, calor, olores, sabores, sonidos, distancias.....*)  
¿qué deberemos decir de lo perceptible de la EXTENSIÓN  
(*ancho, largo, grueso, magnitudes, formas, volúmenes,  
direcciones.....*)?

\*  
\* \*

Aquí ya, indudablemente, hay grandes diferencias.

Es indudable que, si un arquitecto traza los planos de un edificio, siempre para el mismo arquitecto tienen los planos idéntica representación; y, no sólo para él son en todo tiempo símbolo permanente de construcción determinada, sino que para todos los arquitectos del mundo simbolizan las propias relaciones; tanto que, con ellos todos y cada uno levantarían idéntico edificio. El ingeniero construye los modelos de sus máquinas, y el artífice las realiza puntualmente á la escala que se le pide. El geómetra demuestra propiedades de los cuerpos, y la verdad de las demostraciones jamás cambia en su entendimiento, ni tampoco en el entendimiento de los que las estudian y comprenden.

La EXTENSIÓN salva el abismo, dice el gran BALMES.  
¿Qué responder, pues, á quienes se expresen así:

“Hay ALGO FUNDAMENTAL que no depende nunca de nuestra sensibilidad ni de sus idiosincrasias, y que siempre se nos manifiesta con caracteres constantes, idénticos en el mismo hombre, é iguales de hombre á hombre?”

Y los que proclaman esta clase de hechos deducen seguidamente:

“Luego existe el mundo exterior.”

¡Atrevido es el salto!

Atrevidísimo (dijimos antes), porque las conclusiones no aparecen justificadas cuando se las sujeta al conveniente examen.

Las premisas, por lo menos, no entrañan en rigor tales deducciones.

## II.

Cierto que los idealistas, al demostrar que nuestras modificaciones de la sensibilidad no son semejantes á los fenómenos externos, sino CORRELATIVAS con ellos, habian olvidado el análisis de LO MÁS ESENCIAL: el análisis de la EXTENSIÓN.

Cierto que el concepto de LO EXTENSO es en todos los hombres idéntico, puesto que todos, por los planos de un solo arquitecto, harán la misma obra, sin discrepar unos de otros.....

Pero de que el análisis de los idealistas resultase incompletísimo, no se deduce que la EXTENSIÓN sea en nosotros lo que quiera que fuere en la realidad objetiva ó fuera de nosotros.

\*  
\* \*

No es fácil ciertamente demostrarlo; ni mucho menos cautivar el asentimiento general.

A quien por primera vez se le dice que los sonidos no son en nosotros lo que en los cuerpos...., se le da una noticia á la cual niega por de pronto su aquiescencia. Sólo cuando se le hacen VER las vibraciones de las cuerdas sonoras, y se le hace PALPAR el tremor de las campanas ó de las láminas fonógenas..... es

cuando empieza á convencerse de que los fenómenos FUERA del YO pueden ser distintos de las modificaciones INTERNAS á que damos el nombre de sonidos.

Mayor dificultad cuesta el hacer creer á toda clase de personas, así instruidas como ignorantes, que los colores no son en los ojos lo que en los cuerpos luminosos; y únicamente cuando la inteligencia se ha familiarizado con las más abstrusas concepciones de la Física, es cuando entra el convencimiento de que los colores no están en los objetos, sino que resultan de rapidísimas vibraciones del éter.

Pues, si tanto trabajo cuesta el persuadir que los colores son en los objetos rapidísimas billonadas de undulaciones del éter, intentar que desde luego se llegue siquiera á la duda de que la EXTENSIÓN pueda ser FUERA DE NOSOTROS otra cosa de lo que resulta en nuestra conciencia, parece pretensión tan exagerada, que para ella no son de esperar nunca fáciles aquiescencias ni dóciles consentimientos de la credibilidad.

Y, sin embargo, así como los sonidos no son en nosotros vibraciones, sino fenómenos CORRELATIVOS con ellas;

Así como los colores no son en nuestra sensibilidad pulsaciones del éter luminoso, sino modificaciones de nuestro yo con ellas CORRELATIVAS;.....

También así nuestras percepciones de LO EXTENSO pudieran ser, y con toda probabilidad son, NÓ TRASUNTOS, NÓ RETRATOS de la REALIDAD EXISTENTE FUERA DE NOSOTROS, sino fenómenos internos simplemente CORRELATIVOS con esa siempre ignota realidad.

Por de pronto, el hecho de haber dejado Balmes sin explicación en su análisis el concepto de la CON-

TIGÜIDAD, debe inducirnos á sospechar que de las premisas sentadas en su seduciente argumentación se hayan sacado consecuencias en ellas no contenidas.

Y en efecto, de los materiales con tanto atisbo acopiados por cuantos se han creído con alientos para llevar la antorcha de la Filosofía á tan tenebrosas arcanidades, no cabe deducir más que lo siguiente:

\*  
\* \*

Dos clases de incógnitas afectan nuestro ser:

Un ALGO ignoto, que no nos impresiona siempre de un mismo modo, porque en mucho el resultado depende de nuestra especial idiosincrasia y del estado de nuestra sensibilidad (*frío y calor, olores, sabores, sonidos, cantos del gallo, daltonismos.....*);

Y otra *x* que impresiona siempre igualmente y de un modo constante á cada hombre, y á todos (la EXTENSIÓN).

Pero del reconocimiento y la promulgación de estos grandiosos principios no se deduce en modo alguno que las percepciones de la EXTENSIÓN sean signos de semejanza, y que únicamente resultan meros signos de correlación las modificaciones de la sensibilidad.

Así, pues, todo lo que á una sana lógica es lícito deducir, es: que las unas aparecen como variables y las otras como constantes.

Esto solo es lo que entrañan las premisas.

\*  
\* \*